

VIII

Marta, al día siguiente, fué primero a casa de su madre. Explicóle la buena obra que meditaba. Al ver que la vieja dama movía la cabeza sonriendo, casi se incomodó, y le dió a entender que tenía muy poca caridad.

—Eso es idea del Padre Faujas—dijo Felicidad bruscamente.

—En efecto —murmuró Marta sorprendida.—
¿Cómo lo sabe usted?

Madame Rougon se encogió ligeramente de hombros, sin responder con más claridad. Y prosiguió con viveza:

—Sí, querida mía, tienes razón; debes dedicarte a algo, y lo que has encontrado está muy bien. Verdaderamente, me apena verte siempre encerrada en esa retirada casa, que huele a muerto. Pero no cuentes conmigo, porque no quiero meterme en ese negocio. Dirían que era yo la que lo hacía todo, y que nos hemos entendido para imponer nuestras ideas a la ciudad. Por el contrario, deseo que sean tuyos todos los beneficios

de tu buen pensamiento. Yo te ayudaré con mis consejos, si me lo consientes, pero nada más.

—Pues yo había contado con usted para formar parte de la junta fundadora—dijo Marta, a quien asustaba un poco la idea de verse sola en una empresa tan importante.

—No, no, mi presencia lo estropearía, te lo aseguro. Por el contrario, di muy alto que yo no puedo ser de la junta, que me he negado pretextando ocupaciones. Da a entender también que no tengo fe en tu proyecto. Esto decidirá a las damas, ya lo verás. Les gustará mucho meterse en una buena obra en que yo no figure. Ve a ver a madame Rastoil, a madame de Condamin, a madame Delangre; ve también a madame Paloque, pero la última; ésta se sentirá lisonjeada y te servirá más que las otras... Y si te ves en un atolladero, ven a consultarme.

Acompañó a su hija hasta la escalera. Después, mirándola de frente, con su aguda sonrisa de vieja:

—¿Está bueno nuestro querido padre?— preguntó.

—Muy bien—dijo Marta tranquilamente.—Voy a San Saturnino, a ver al arquitecto de la diócesis.

Marta y el cura habían pensado que las cosas estaban aún demasiado por ver para molestar al arquitecto. Contaban con procurarse sencillamente un encuentro con este último, que iba cada día a San Saturnino, donde estaban reparando una capilla. Ahí podrían consultarle como por casualidad. Marta, después de atravesar la iglesia, vió al Padre Faujas y al señor Lieutaud, hablando sobre un andamio, del cual se apresuraron a ba-

jar. Uno de los hombros del cura estaba blanco de yeso; le interesaban mucho los trabajos.

A aquella hora de la tarde no había ni una devota; las naves y las capillas laterales estaban desiertas, y llenas de una infinidad de sillas que dos perreros arreglaban ruidosamente. Los albañiles se llamaban desde lo alto de las escaleras, en medio del ruido de las llanas que rascaban las paredes. San Saturnino no tenía nada de religioso, tanto que Marta no se había persignado siquiera. Sentóse delante de la capilla en reparación, entre el Padre Faujas y el señor Lieutaud, como lo habría hecho en el cuarto de trabajo de éste, si hubiese ido a pedirle consejos a su casa.

La entrevista duró media hora. El arquitecto se mostró muy complaciente; su opinión fué que no había que construir local para la obra de la Virgen, como llamaba el cura al establecimiento proyectado. Resultaría demasiado caro. Comprar un edificio ya hecho, que se amoldaría a las necesidades de la obra. Y llegó hasta indicar, en un arrabal, un antiguo internado, en el que se había establecido después un comerciante de forrajes y que estaba en venta. Con algunos miles de francos, se comprometía a transformar completamente aquella ruina; llegaba a prometer maravillas, una entrada elegante, amplias salas, un patio plantado de árboles. Poco a poco, Marta y el cura habían alzado la voz, y discutían los detalles bajo la sonora bóveda de la nave, en tanto que el señor Lieutaud, con la contera del bastón, arañaba las losas para darles idea de la fachada.

—Entonces, convenido, señor—dijo Marta despidiéndose del arquitecto.—Hará usted un peque-

ño croquis, de modo que sepamos a qué atenernos... Y guárdenos el secreto, ¿verdad?

El Padre Faujas quiso acompañarla hasta la puerta lateral de la iglesia. Al pasar juntos ante el altar mayor, y continuar Marta hablando vivamente con él, se quedó muy sorprendida al no verle a su lado; le buscó, y le vió, doblado en dos, frente a la gran cruz tapada con su funda de muselina. Aquel cura que se inclinaba de tal modo, cubierto de yeso, le produjo una sensación singular. Recordó dónde estaba mirando a su alrededor con aire inquieto y ahogando el ruido de sus pasos. En la puerta, el cura, que se había puesto muy serio, la presentó en silencio los dedos mojados en agua bendita. Marta se persignó, turbadísima. La doble hoja cayó tras ella dulcemente, con ahogado suspiro.

Desde allí, fué Marta a casa de madame de Condamin. Se sentía feliz por andar al aire libre, por las calles; las diligencias que le quedaban por hacer, le parecían un recreo. Madame de Condamin la recibió con aspavientos de amistad. ¡Iba tan pocas veces aquella estimada madame Muret! Cuando supo de qué se trataba, se puso muy contenta, pronta a todas las abnegaciones. Llevaba un delicioso traje malva con lazos de cinta gris perla, y estaba en un gabinete en donde se las echaba de parisiense desterrada en provincia.

—¡Qué bien ha hecho usted en contar conmigo!—dijo estrechando las manos a Marta.—¿Quién acudiría en auxilio de esas pobres muchachas sino nosotras, a quienes acusan de darles el mal ejemplo del lujo!... Además, es horrible pensar que la infancia está expuesta a tan atroces peligros... Disponga usted de mí en absoluto.

Y cuando Marta le hubo dicho que su madre no podía formar parte de la junta, redobló sus ofrecimientos.

—¡Es lástima que tenga tantas ocupaciones!— dijo con un dejo de ironía.—Nos hubiera servido muchísimo... Pero ¿qué quiere usted? Haremos lo que podamos. Yo tengo algunos amigos. Iré a ver a Monseñor, y removeré cielo y tierra si hace falta... Triunfaremos, se lo prometo a usted.

No quiso oír ningún detalle sobre los gastos. Siempre se encontraría el dinero necesario. Quería que la obra hiciera honor a la junta, que todo fuera hermoso y confortable. Añadió riendo que se le iba la cabeza con las cifras, y que se encargaba especialmente de los primeros pasos, de las líneas generales del proyecto. La buena madame Mouret no estaba acostumbrada a solicitar; ella la acompañaría en sus diligencias, y podría hasta evitarle varias. Al cabo de un cuarto de hora, la obra fué como cosa suya, y era ella la que daba instrucciones a Marta. Esta se iba a retirar, cuando entró M. de Condamin; Marta se quedó cohibida, sin atreverse a hablar más del objeto de la visita ante el conservador de aguas y bosques, que estaba, según decían, complicado en el asunto de las pobres muchachas, cuya vergüenza ocupaba a la ciudad.

Madame de Condamin fué la que explicó la gran idea a su marido, que se mostró lleno de tranquilidad y de buenos sentimientos. La cosa le parecía excesivamente moral.

—Es una idea que sólo se podía ocurrir a una madre—dijo gravemente, sin que pudiera adivinarse si se burlaba.—Plassans deberá a usted buenas costumbres, señora.

—Confieso que no he hecho más que recoger la idea—respondió Marta, turbada por aquellos elogios.—Me ha sido inspirada por una persona a quien estimo mucho.

—¿Qué persona?—preguntó con vivacidad madame de Condamin.

—El Padre Faujas.

Y Marta, con gran sencillez, dijo todo el bien que pensaba del cura. Por otra parte, no hizo la menor alusión a los malos rumores que habían corrido; le presentó como hombre digno de todo respeto, y al cual se consideraba dichosa con recibir en su casa. Madame de Condamin escuchaba haciendo pequeños movimientos de cabeza.

—Siempre lo he dicho—exclamó.—El Padre Faujas es un cura muy distinguido... ¡Si usted supiera qué mala es la gente! Pero desde que usted le recibe, ya no se atreven a hablar. Ha puesto coto a toda suposición maliciosa... ¿De modo que dice usted que la idea es suya? Habrá que decidirle a que dé la cara. Hasta entonces, quedamos en que hemos de ser discretas. Le aseguro a usted que siempre he estimado y defendido a ese sacerdote.

—He hablado yo con él, y me ha parecido un buen señor—interrumpió el conservador de aguas y bosques.

Pero su mujer le hizo callar con un gesto. A menudo le trataba como a un lacayo. En el desigual matrimonio que se reprochaba al señor de Condamin, había ocurrido que él sólo soportaba la vergüenza; la joven a quien había sacado nadie sabía de dónde, se había hecho perdonar y querer por toda la ciudad, por una gracia exquisita, por una bondad amable, a las que los provincianos son más sensibles de lo que se cree. Su marido

comprendió que estaba de más en aquella virtuosa conversación.

—Las dejo a ustedes con Dios—dijo con tono ligeramente irónico.—Me voy a fumar un cigarro. Octavia, no olvides vestirme temprano. Esta noche vamos a la subprefectura.

Cuando se ausentó, las dos mujeres siguieron hablando un instante, volviendo sobre lo que ya habían dicho, apiadándose de las pobres muchachas que se descarrían, y excitándose cada vez más a ponerlas al abrigo de toda seducción. Madame de Condamin hablaba contra la corrupción con gran elocuencia.

—Bueno, estamos de acuerdo—dijo estrechando por última vez las manos de Marta.—Soy con usted al primer aviso... Si quiere usted ir a ver a madame Rastoil o a madame Delangre, dígales que yo me encargo de todo; ellas no tendrán más que darnos sus nombres... Mi idea es buena, ¿verdad? No nos separaremos de ella ni un ápice... Mis saludos al Padre Faujas.

Marta fué inmediatamente a casa de madame Delangre, y después a la de madame Rastoil. Las halló corteses, pero más frías que madame de Condamin. Ambas discutieron el aspecto pecuniario del proyecto; se necesitaría mucho dinero; la caridad pública no proporcionaría nunca lo necesario, y se correría el riesgo de llegar a algún desenlace ridículo. Marta las tranquilizó, les presentó cifras. Entonces, quisieron saber qué señoras habían accedido ya a formar parte de la junta. El nombre de madame de Condamin las dejó mudas. Luego, al saber que madame Rougon se había excusado, se mostraron más amables.

Madame Delangre había recibido a Marta en el despacho de su marido. Era una mujercita pá-

lida, de humildad de criada, y cuyos extravíos habían quedado como legendarios en Plassans.

—¡Dios mío!—murmuró por fin.—No deseo otra cosa. Sería una escuela de virtud para la juventud obrera. Se salvarían muchas almas débiles. No me puedo negar, porque comprendo que le podré ser a usted útil por mi marido, a quien sus funciones de alcalde ponen en relación continua con todas las personas influyentes. Sólo le pido a usted hasta mañana para darle una respuesta definitiva. Nuestrá posición nos obliga a tener gran prudencia, y quiero consultar a mi esposo.

En casa de madame Rastoil, Marta encontró a una mujer mogigata en extremo, rebuscando palabras puras para hablar de las desgraciadas que olvidan sus deberes. Era gorda, y bordaba un alba riquísima, entre sus dos hijas. Desde las primeras palabras las había hecho retirarse.

—Le agradezco a usted que haya pensado en mí—dijo,—pero verdaderamente estoy perpleja. Ya formo parte de varias juntas, y no sé si tendré tiempo... Yo había tenido la misma idea que usted, sólo que mi proyecto era más vasto, tal vez más completo. Hace un mes largo que me propongo ir a hablar a Monseñor, pero nunca tengo un minuto. En fin, podremos unir nuestros puntos... Ya que es preciso, me consagraré una vez más a... Ayer me lo decía mi esposo: "Verdaderamente ya no pensáis en vuestros asuntos, sino en los ajenos".

Marta la miraba con curiosidad, pensando en su antiguo enredo con el señor Delangre, del que aún se hacían calendarios en los cafés de la Carrera Sauvaire. La mujer del alcalde y la del presidente, sobre todo la segunda, habían acogido con

gran circunspección el nombre del Padre Faujas. Marta se había picado un tanto por tal desconfianza respecto a una persona de quien ella respondía; de modo que había insistido sobre las bellas cualidades del cura, lo cual había obligado a ambas damas a convenir en el mérito de aquel sacerdote, que vivía retirado y mantenía a su madre.

Al salir de casa de madame Rastoil, Marta no tuvo más que atravesar el arroyo para entrar en la de madame Paloque, que vivía al otro lado de la calle Balande. Eran las siete, pero deseaba salir del último paso, aun a riesgo de hacer esperar a Mouret y de ser regañada. Los Paloque iban a sentarse a la mesa, en un comedor frío, en el que se oía la cortedad de la provincia, una cortedad cuidadosamente ocultada. Madama Paloque se apresuró a tapar la sopa que iba a servir, contrariada porque la hallaban a la mesa. Mostróse muy fina, casi humilde, inquieta en el fondo por una visita que no esperaba. Su marido, el juez, permaneció ante su plato vacío, con las manos sobre las rodillas.

—¡Pilluelas!—exclamó cuando Marta hubo hablado de las muchachas del barrio viejo.—¡Buenos detalles me han dado hoy en el palacio! Ellas son las que han provocado la corrupción de personas muy respetables... Hace usted mal, señora, en interesarse por esas...

—Además—dijo a su vez madame Paloque,—yo temo mucho no serle a usted de ninguna utilidad. No conozco a nadie. Mi marido se dejaría cortar una mano antes que solicitar la menor cosa. Nosotros nos retraemos por repugnancia de todas las injusticias que hemos visto. Vivimos

muy modestamente aquí, contentos de que se nos olvide... Mire usted, ahora mi marido rechazaría el ascenso aunque se lo ofreciesen. ¿Verdad, amigo mío?

El juez movió la cabeza con aire de asentimiento. Ambos cruzaron una débil sonrisa, y Marta se quedó cortada, frente a aquellos dos rostros horribles, arrugados, lívidos de bilis, que se entendían tan bien en aquella comedia de mentida resignación. Felizmente, recordó los consejos de su madre.

—Sin embargo, yo había contado con usted—dijo poniéndose muy amable.—Tendremos a todas las señoras, madame Delangre, madame Rastoil, madame de Condamin; pero, aquí para entre nosotras, no hacen más que prestarnos sus nombres. Yo habría querido encontrar una persona respetabilísima, muy abnegada, que tomase el asunto con empeño; y había pensado que usted querría ser esa persona... Piense usted cuánto agradecimiento le deberá Plassans, si sacamos adelante el proyecto...

—Desde luego, desde luego—murmuró madame Paloque, seducida por tan buenas palabras.

—Además, hace usted mal en creerse sin poder. Se sabe que el señor Paloque está muy bien visto en la subprefectura. Sabemos que se le reserva la sucesión del señor Rastoil. No se defienda usted; sus méritos son conocidos y es inútil que se oculte... Y mire usted, esta es una ocasión excelente para que madame Paloque salga de la sombra en que se mantiene, y de hacer ver que mujer de cabeza y corazón hay en ella.

El juez se agitaba mucho, y miraba a su mujer guiñando los ojos.

—Mi esposa no ha rehusado—dijo.

—No, claro que no—dijo la señora.—Puesto que me necesita usted verdaderamente, basta. Quizá voy a hacer una tontería, a tomarme mucho trabajo, para que no me lo recompensen nunca. Pregunte usted a mi marido todo el bien que hemos hecho sin decir nada. Ya ve usted a dónde nos ha llevado eso... No importa, no es posible cambiar de modo de ser, ¿verdad? Seremos tontos hasta el fin... Cuente usted conmigo, querida señora.

Los Paloque se levantaron, y Marta se despidió de ellos dándoles las gracias por su abnegación. Al quedarse un momento en el rellano, para retirar el volante de su falda, cogido entre la baranda y los escalones, les oyó charlar vivamente detrás de la puerta.

—Vienen por ti porque te necesitan—decía el juez con voz agria.—Serás su burra de carga.

—¡Oh! Pero si crees que no las pagarán todas juntas...

Cuando Marta entró por fin en su casa, eran cerca de las ocho. Mouret la esperaba hacía media hora larga para sentarse a la mesa. Marta temía alguna escena espantosa. Pero cuando se desnudó y bajó, encontró a su marido a horcajadas sobre una silla, tocando tranquilamente una retreta con los dedos sobre el mantel. Se puso terrible de burlas, de ironías, de todas clases.

—Yo—dijo,—creí que hoy dormirías en un confesonario... Ahora que vas a la iglesia, tendrás que avisármelo, para que yo cene fuera cuando te inviten los curas.

Durante toda la comida soltó bromitas por el estilo. Marta sufrió mucho más que si la hubiese

reñido. Por dos o tres veces le suplicó con la mirada que la dejase en paz. Pero esto no hizo más que espolear su verbosidad. Octavio y Deseada se reían. Sergio callaba, tomando partido por su madre. A los postres, Rosa se presentó, muy asustada, a decir que el señor Delangre estaba allí, y que deseaba hablar con la señora.

—¡Ah! ¿También te metes con las autoridades?—dijo Mouret con risa chabacana.

Marta fué a recibir al alcalde al salón. El alcalde, muy amable, casi galante, le dijo que no había querido esperar al día siguiente para felicitarla por su generosa idea. Madame Delangre era algo tímida; había hecho mal en no aceptar en seguida, y él iba a responder en su nombre que su esposa tendría un verdadero honor al formar parte de la junta de damas patrocinadoras de la obra de la Virgen. En cuanto a él, pensaba contribuir lo más posible al feliz suceso de un proyecto tan útil y tan moral.

Marta le acompañó hasta la puerta de la calle. Allí, mientras Rosa levantaba la lámpara para alumbrar la acera, añadió el alcalde:

—Diga usted al señor cura Faujas que tendré sumo gusto en hablar con él, si quiere pasar por mi casa. Puesto que él ha visto un establecimiento de esa clase en Besançon, podrá darnos preciosos datos. Quiero que la ciudad pague por lo menos el local. Hasta la vista, señora mía; mis respetos al señor Mouret, a quien no quiero incomodar.

A las ocho, cuando bajó el Padre Faujas con su madre, Mouret se contentó con decirle riendo:

—¿Con que hoy me ha quitado usted a mi mujer? Por lo menos no me la estropee usted; no me la haga santa.

Después se absorbió en el juego; tenía que tomar un terrible desquite de madame Faujas, aumentado por tres días de pérdida. Marta quedó en libertad de contar sus pasos al cura. Sentía una alegría de niña, y estaba vibrante aún por aquella tarde pasada fuera de casa. El cura la hizo repetir algunos detalles, y prometió ir a casa del señor Delangre, aunque hubiera preferido completamente en sombras.

—Ha hecho usted mal en nombrarme en seguida—le dijo rudamente al verla tan emocionada, tan abandonada ante él.—Es usted lo mismo que las demás mujeres. Las mejores causas se estropean en sus manos.

Marta le miró, sorprendida de aquella salida brutal, retrocediendo, experimentando la sensación de espanto que sentía a veces frente a su sotana. Parecía que unas manos de hierro se posaban sobre sus hombros y la doblaban. Para todo sacerdote la mujer es el enemigo. Cuando la vio rebeldada ante aquella corrección demasiado severa, el cura se dulcificó, murmurando:

—No pienso más que en el triunfo de su proyecto... Temo comprometerlo si figuro en él. Ya sabe usted que en la ciudad no me quieren gran cosa.

Marta, al ver su humildad, le aseguró que se engañaba, que todas aquellas señoras habían hablado de él en los mejores términos. Sabíase que mantenía a su madre, que llevaba vida retirada, digna de todo encomio. Después, hasta las once, hablaron del gran proyecto, recapacitando los menores detalles. Fué una velada encantadora.

Mouret había cogido algunas palabras entre dos jugadas.

—De modo—dijo al ir a acostarse,—que entre los dos suprimís el vicio. Es encantador.

Tres días más tarde, estaba formada la junta de damas patrocinadoras. Nombrada Marta presidenta por aquellas señoras, se apresuró, por recomendación de su madre, a quien se consultaba en secreto, nombrar tesorera a madame Paloque. Ambas trabajaban de firme, redactando circulares, ocupándose en mil detalles interiores. Entre tanto, madame Condamin iba de la subprefectura al Obispado, y del Obispado a casas de personajes influyentes, explicando con su buena gracia "el feliz proyecto que había concebido", exhibiendo deliciosos trajes y recogiendo limosnas y promesas de apoyo; por su parte, madame Rastoil, devotamente, contaba a los curas a quienes recibía los martes, cómo se le había ocurrido salvar del vicio a tantas niñas desgraciadas, contentándose con encargar al Padre Bourrette, que diera pasos para obtener que las hermanas de San José quisieran servir el proyectado establecimiento; en tanto que madame Delangre hacía, al pequeño mundo de funcionarios, la confidencia de que la ciudad debería el establecimiento a su marido, a cuya intervención debía ya la junta una sala del Ayuntamiento, en la cual se reunía y celebraba las sesiones. Plassans estaba conmovido por aquel piadoso bullicio. Pronto no se habló de otra cosa que de la obra de la Virgen. Entonces hubo un estallido de elogios; los íntimos de cada patrocinadora intervinieron y cada círculo trabajaba por el buen éxito de la empresa. En una semana se cubrieron unas listas de suscripción, que corrieron por los tres barrios. Como la *Gaceta de Plassans* publicaba las listas con las cifras de las entregas, se despertó el amor propio, y las familias más notables rivalizaron mutuamente en generosidad.

Entre tanto, en medio del bullicio, se oía a menudo el nombre del Padre Faujas. Por más que cada dama patrocinadora reclamaba para sí el primer pensamiento, se creía saber que el cura se había traído la famosa idea de Besançon. El señor Delangre, lo declaró abiertamente en el Consejo Municipal, en la sesión en que fué votada la compra del inmueble designado por el arquitecto de la diócesis como magnífico para la instalación de la obra de la Virgen. El día antes, el alcalde había tenido una larga entrevista con el cura, y se habían separado cambiando mil apretones de manos. El secretario de la alcaldía les había oído tratarse de "querido señor". Esto operó una revolución en favor del cura. Desde entonces, tuvo partidarios que le defendieron contra los ataques de sus enemigos.

Por otra parte, los Mouret se habían convertido en la honorabilidad del Padre Faujas. Patrocinado por Marta, designado como promotor de una buena obra cuya paternidad rechazaba modestamente, ya no tenía, en las calles, el humilde andar que le hacía ir rasando con las paredes. Ostentaba al sol su sotana nueva, y andaba por medio del arroyo. Desde la calle de Balande hasta San Saturnino tenía que contestar ya a infinidad de saludos. Un domingo, madame de Condamin le había detenido al salir de vísperas, en la plaza del Obispado, y había estado hablando con él media hora larga.

—Bueno, señor cura—le decía Mouret.—Ya le tenemos a usted en olor de santidad. ¡Y pensar que era yo el único que le defendía, hace seis meses! Sin embargo, yo que usted desconfiaría... Aun tiene usted en contra al Obispado.

El cura se encogía ligeramente de hombros. No ignoraba que la hostilidad que hallaba aún provenía del clero. El Padre Fénil tenía a Monseñor tembloroso bajo la rudeza de su voluntad. Hacia fines de mayo, cuando el gran vicario se fué a hacer un viajecito, el Padre Faujas pareció aprovecharse de su ausencia para hacer varias visitas al obispo. El Padre Surin, el secretario particular, contaba que "aquel demonio de hombre" permanecía encerrado durante horas enteras con Monseñor, y que éste estaba de un humor atroz después de las largas entrevistas. Cuando volvió el Padre Fénil, el Padre Faujas cesó en sus visitas, eclipsándose de nuevo ante él. Pero el obispo siguió inquieto; fué evidente que había ocurrido alguna catástrofe en su bienestar de prelado indiferente. En una comida que dió a su clerecía, estuvo singularmente amable con el Padre Faujas, quien sin embargo seguía siendo nada más que un humilde vicario de San Saturnino. Los delgados labios del Padre Fénil se fruncían más; sus penitentes le ocasionaban reprimida cólera cuando le preguntaban cortésmente por su salud.

Entonces el Padre Faujas entró en plena serenidad. Continuaba su vida severa, pero adquiría una soltura amable. Un martes por la noche fué cuando triunfó definitivamente. Estaba en su casa, asomado a una ventana, gozando de las primeras tibiezas de la primavera, cuando la sociedad del señor Péqueur des Saulaies bajó al jardín y le saludó de lejos; allí estaba madame Condamin, que llevó su familiaridad hasta agitar su pañuelo. Pero en el mismo momento, al otro lado, la tertulia del señor Rastoil se sentaba ante la cascada, en rústicas sillas. El señor Delangre, apoyado en la terraza de la subprefectura, espiaba lo que su-

cedía en casa del juez, por encima del jardín de los Mouret, gracias al declive de los terrenos.

—Ya verán ustedes como ni siquiera se dignarán verle—dijo entre dientes.

Se equivocaba. El Padre Fénil, volviendo la cabeza como por casualidad, se quitó el sombrero. Entonces todos los curas que allí se hallaban hicieron otro tanto, y el Padre Faujas devolvió el saludo. Luego, después de haber pasado lentamente su mirada, a diestra y siniestra, sobre las dos tertulias, dejó la ventana, y echó las blancas cortinas de discreción religiosa.

IX

El mes de Abril fué muy agradable. Por la noche, después de comer, los niños salían del comedor para ir a jugar al jardín. Como en la estrecha pieza se ahogaban, Marta y el cura acabaron también por bajar a la terraza. Sentábanse a algunos pasos de la ventana, abierta de par en par, fuera del crudo rayo con que rayaba la lámpara los grandes bojes. Allí, al caer la noche, hablaban de los mil cuidados de la obra de la Virgen. Esta continua preocupación de caridad ponía en sus conversaciones una dulzura más. Frente a ellos, entre los enormes perales del señor Rastoil y los castaños negros de la subprefectura, se veía un gran pedazo de cielo. Los niños corrían bajo las glorietas, al otro extremo del jardín; y entre tanto, cortas disputas en el comedor, levantaban las voces de Mouret y de madame Faujas, que se habían quedado solos, encarnizándose en el juego.

Y a veces Marta, enternecida, invadida por una languidez que casi hacía morir las palabras en sus labios, se detenía, al ver la estela de oro de alguna estrella fugaz. Sonreía, con la cabeza algo caída hacia atrás, y mirando al cielo.